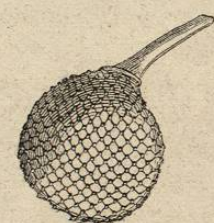


asi se debió bailar en las fiestas de Diana, y en la corte de los sátrapas persas. Muchas veces habia visto bailes y habia oido los cantos de varias puebladas cuya principal diversion consiste en bailar y cantar, pero no habia visto jamás nada comparable, ni aun remotamente, á lo que estábamos presenciando. Quedamos tan sorprendidos y encantados, que el capitán no pudo abstenerse de hacer cumplimentar por nuestro intérprete á las jóvenes danzantes.

Concluidas las danzas, el cambodé impuso silencio con su campanilla, y una de las favoritas, dejando

su puesto, se adelantó hácia el pueblo, sostenida por dos esclavas jóvenes. Anunció que el rey iba á mandar distribuir á todos víveres y refrescos. Una exclamacion formidable acogió tan grata comunicacion, y mientras una larga fila de esclavos salia del palacio cargada de calabazas llenas de todo género de vituallas, cada capataz, llamando á sus hombres, les distribuyó víveres de que tenian gran necesidad, y que los consumieron sin perder la formacion. Cuatro enormes botijas de aguardiente, sacadas tambien de palacio se distribuyeron y vaciaron en un abrir y

## UTENSILIOS E INSTRUMENTOS.



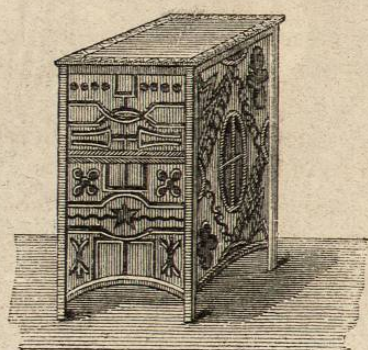
Gurda de orquesta.



Campanilla de cambodé.



Campanilla de orquesta.



Escabel labrado.



Tambor de guerra.



Urna de madera labrada.

cerrar de ojos. Tampoco á nosotros se nos olvidó, pues el rey, por medio de uno de los jefes, nos envió bizcochos americanos, azúcar, licores y rom.

En medio de toda aquella gente ocupada en reparar sus fuerzas, reinaba un silencio de que se aprovechó el mehou para dirigir una alocucion á los guerreros, á quienes repitió lo que el miegan habia ya dicho al pueblo durante nuestra primera audiencia: «que grandes guerreros de un pais lejano, atraidos por la fama del rey de Dahomey, habian venido para hacerle regalos y solicitar su amistad.» Este discurso, que halagaba el orgullo dahomeyano, obtuvo, como es natural, un éxito legítimo; pero el entusiasmo llegó á su colmo cuando el orador añadió que el rey, satisfecho de sus tropas, iba á dar á cada

soldado una gratificacion en cauris. En efecto, diez ó doce esclavos, agobiados bajo el peso de grandes sacos de cauris, circularon inmediatamente por las filas, y los capataces entregaron á cada uno su parte de la munificencia real.

## VII.

Continuacion de la fiesta.—Una hiena degollada... á falta de otra cosa.—Los nuevos devotos á los santos.—Recepcion de despedida.—Partida de Abomey y regreso á Wydah.

La fiesta sin embargo no era completa: no habia corrido sangre.

¡Triste es decirlo! en un pueblo cuyo carácter no es naturalmente cruel, pues no se maltrata en él á las

mujeres, ni á las niñas, ni siquiera á los animales, los sacrificios humanos forman parte de todo regocijo público. Centenares de cabezas caen todos los años cuando la celebracion de los Tributos en la plataforma que se levantaba en la plaza á algunos pasos de nosotros.

Ghezo se habia dirigido al capitán escusándose de no tener en aquel momento mas que una docena de prisioneros á quienes degollar: «para huéspedes tales como vosotros, dijo, es un honor harto pequeño un holocausto tan insignificante.» El capitán suplicó inmediatamente al rey que respetase la vida de aquellos desgraciados; que lejos de ser un honor seria para nosotros una vergüenza ver correr la sangre de hombres indefensos; que, en fin, preferiríamos retirarnos á asistir á un espectáculo semejante. Fue necesaria toda la entereza del capitán Vallon para disuadir al rey, el cual no se atrevia tal vez, en presencia de todo su pueblo reunido, á romper con una costumbre que era grata á la multitud. Tuvo sin embargo que ceder, y la fatal palangana no se llenó de sangre humana.

Tal es, en efecto, el destino de aquel utensilio que tanto nos llamaba la atencion. Se ve en todas partes, en las asambleas solemnes y detrás del ejército, donde recibe la sangre y la cabeza de los desventurados prisioneros, víctimas de tan espantosa costumbre.

Colocaron la palangana delante del rey, y al mismo tiempo una hiena atada y con mordaza; los principales jefes se colocaron alrededor y fingieron deliberar, como lo hubieran hecho realmente si en lugar de un animal hubiese habido que degollar hombres. La hiena fue condenada á muerte y á pesar de sus aullidos ahogados y de su desesperada resistencia, el ministro de la Justicia (miegan) que acumula estas augustas funciones con las de ejecutor de altas obras, la cortó la cabeza de un solo golpe con el enorme sable en que se apoya siempre. Tan bárbaro espectáculo me sugirió una reflexion que cruzó tambien por la mente de mis compañeros. Nos hallábamos los cuatro europeos en medio de treinta mil negros escitados por el ruido, la pólvora y las bebidas alcohólicas, y un capricho de Ghezo podia hacer caer nuestras cabezas dentro de aquella palangana de cobre tan fácilmente como la de la desgraciada hiena, sin mas diferencia que el placer mucho mayor que nuestra decapitacion causaria á los espectadores.

Otra ceremonia mas seria y de un carácter menos lúgubre sucedió á la precedente. He dicho ya que los enviados de los nagos, pueblada vecina vencida por Ghezo en una guerra reciente, habian llegado á Abomey algunos dias antes para solicitar la paz. El príncipe Bahadu, los ministros y algunos de los principales jefes se colocaron sentados en medio círculo delante del trono del rey, á cuyos pies se pros-

ternaron los doce embajadores nagos, aguardando en tan humilde actitud que se decidiese de su suerte. Despues de una discusion bastante larga, en la cual el mayo, que nos pareció haberse constituido en abogado de los nagos, tomó con frecuencia la palabra, todos los miembros del consejo manifestaron su aquiescencia con una especie de graznido (la sílaba *un* bruscamente pronunciada, señal de consentimiento en lengua dahomeyana) á la proposicion del mayo. El príncipe real se levantó, llenó de agua un vaso que acercó á su boca, y lo dió al que tenia á su lado, el cual hizo otro tanto, dando de esta manera el vaso la vuelta por toda la asamblea, y los embajadores nagos mojaron tambien sus labios: su causa estaba ganada.

Se prosternaron inmediatamente, se cubrieron la cabeza con todo el polvo que pudieron recoger, y despues de haber oido al rey que les dirigió algunas palabras benévolas se retiraron.

Eran las cuatro, y á pesar del interés con que mirábamos aquellas escenas tan variadas y tan singulares para europeos, empezábamos á cansarnos. Nuestro intérprete fué por orden del capitán á pedir al rey permiso para retirarse. Ghezo nos indicó con la mano que aguardásemos algunos instantes, y una de las mas viejas favoritas se dirigió hácia nosotros seguida de algunas otras mujeres.

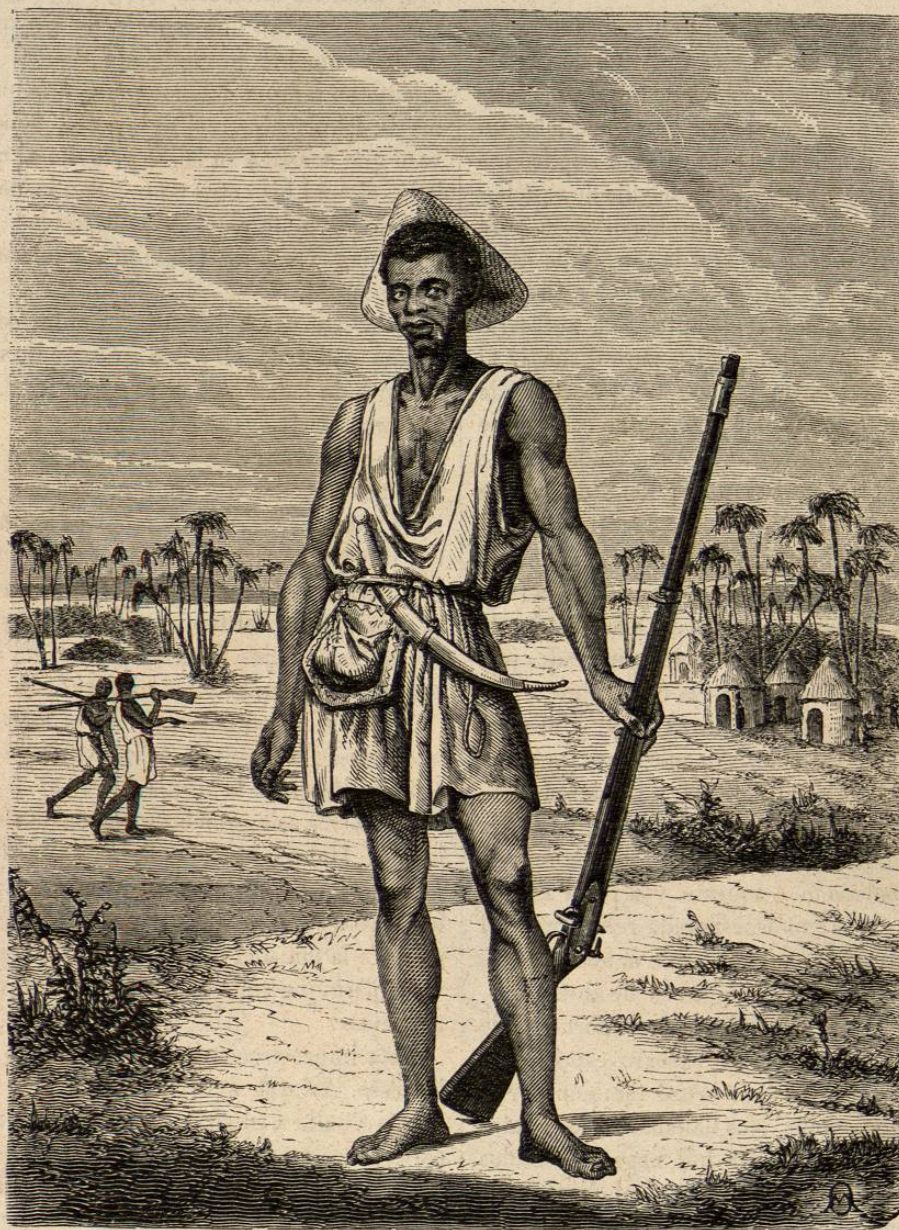
Todas se arrodillaron, y la de mas edad empezó una especie de canto monótono, cuya traduccion es á poca diferencia la siguiente:

«Vosotros sois grandes guerreros venidos de paises lejanos. Habeis desafiado los peligros del mar, y pasado sin miedo las lagunas de la *Lama*: Ghezo ama á los bravos y animosos como vosotros; nosotros os amamos por la amistad que os profesa Ghezo, y hacemos votos para que seais poderosos y honrados en vuestro pais.»

Esta improvisacion en favor nuestro fue el final de la fiesta. Asi que aquellas venerables matronas hubieron vuelto á su sitio, Ghezo se levantó para acercarse á nosotros, y quiso acompañarnos hasta nuestras hamacas en medio de las oleadas del pueblo que delante de él se abrian respetuosamente. Pasando por delante de las estatuas de los santos, preguntó cuál era el nombre de cada uno; pero despues de haberlos oido nombrar, manifestó el temor de que se le olvidasen aquellas palabras nuevas para él. El mayo se valió para evitar este inconveniente de un medio bastante ingenioso. Hizo aproximar á él tantos hombres cuantos santos habia, les colocó junto á estos, y les declaró que en lo sucesivo llevarian el nombre con que se designaba al nuevo patron, añadiendo que cuidasen mucho de no olvidar cada cual el suyo porque les iba en ello la cabeza. Esto dió lugar al dia siguiente á una escena tragi-cómica bastante di-

vertida. Uno de aquellos infelices (era san Lorenzo), no obstante la recomendación, había olvidado su nuevo nombre. Viéndonos pasar cuando íbamos á ver al rey, corrió hácia nosotros con toda la ligereza de

sus piernas y sumamente azorado, procurando hacernos comprender la crítica posición en que se encontraba. Gracias á nuestro intérprete, comprendimos al cabo lo que quería, y le sacamos del compro-



Soldado de Dahomey.

miso recordándole su nombre de San Lorenzo, que al marcharse repetía entre dientes de la manera más cómica del mundo.

Regresamos á nuestro alojamiento seguidos de las aclamaciones generales, y no permitiéndonos dormir en toda la noche los instrumentos y cantorías del pueblo, echamos de ver que nuestra partida no había puesto fin á la fiesta.

Sin embargo, no habíamos aun cumplido enteramente el objeto de nuestra misión. La factoría francesa de Wydah tenía que tratar varias cuestiones de interés comercial, en cuyos pormenores no debo entrar aquí, entre otras la del establecimiento en el mismo Abomey de una sucursal de la factoría de Wydah.

Los ingleses habían ya practicado años antes ten-

tativas análogas. Parece que algunos misioneros protestantes habían penetrado hasta Abomey, y tan negociantes al menos como apóstoles, habían cam-

biado por aceite, marfil y oro los algodones ingleses. Habían hallado desde luego un decidido apoyo en el mayo, recompensando prodigamente sus ser-



Amazonas arqueras combatiendo.

vicios; pero ya sea que una vez pagado hubiese abandonado su causa, ya que la propaganda cristiana hubiese hecho concebir al rey algún recelo, lo cierto es que los misioneros tuvieron que abandonar el país.

El rey no tenía interés en que volvieresen, pero sus

tentativas renovadas con frecuencia y sostenidas por su antiguo amigo el mayo, podían al cabo no ser infructuosas. Aquel anciano gozaba realmente de una influencia suma en el ánimo de su amo, que en todas las ocasiones procuraba tenerle contento. De

ello tuvimos á la sazón una prueba, pues fue por la noche y en medio de las mayores precauciones como fueron llamados por el rey para conferenciar con él sin la presencia del mayó, el capitán y el director de la factoría. Las cuestiones sin embargo no quedaron del todo resueltas como se deseaba; se nos negó la autorización para establecer una factoría en Abomey, como se había negado al inglés Forbes en 1850.

Arreglados definitivamente nuestros asuntos, ya era hora de pensar en marcharnos. El capitán anunció al rey que deseaba volver á bordo. Ghezo le instó para que nos detuviéramos algunos días más, añadiendo que no nos permitía salir de Abomey tan pronto. En efecto, no era posible salir sin su permiso expreso, como se nos probó en aquel mismo día.

Yo había salido á pasear con otros dos oficiales por el lado de la ciudad en que está la puerta por la cual habíamos entrado. Se nos antojó salir por ella, pero los soldados que la guardaban nos demostraron con una pantomima enérgica que nos estaba prohibido.

Al fin y al cabo el rey, habiendo el capitán expresado formalmente su deseo, no insistió más de lo que las leyes de la hospitalidad permitían, y nos autorizó para partir.

La víspera de nuestra marcha, le hicimos la visita de despedida. Nos recibió sin aparato en casa de una de sus favoritas. Después de haber expresado su sentimiento, hizo comparecer á los dos nagos que debíamos conducir á Francia. Tenían de doce á catorce años, y se nos dijo que habían sido educados en el palacio del rey, y que pertenecían tal vez á alguno de sus oficiales, pero no eran sus hijos. Uno de ellos, el más joven, parecía inteligente y vigoroso. Se llamaba Ouzu. El otro, mayor, pero bastante mal conformado, de pecho estrecho y omoplatos harto prominentes, tenía al parecer escasa inteligencia. Así se lo hice notar al capitán, añadiendo que aquel joven, poco robusto, sobrellevaría difícilmente la mudanza de clima. M. Vallon hizo entonces pedir al rey que se reemplazase con otro; pero no fue posible. Supe más adelante que mi pronóstico se había realizado, habiendo el desgraciado tenido que regresar á su país atacado de tisis. El otro, del cual no he vuelto á oír hablar, se halla tal vez aun en el liceo de Marsella, donde debían instruirse los dos.

El 24 de octubre, nos despedimos del rey, el cual nos apretó amistosamente la mano, expresando el deseo y la esperanza de volvernos á ver. Había mandado á nuestro alojamiento los regalos que nos destinaba, consistentes en telas del país, armas y utensilios diversos. Las telas, producto de la industria dahomeyana, eran grandes piezas de algodón de 5 metros de longitud y 4 de anchura, con tiras alternativamente rojas y azules, y de buen tinte, pues han resistido muchos

lavados. Están tejidas en pequeños telares que no permiten darlas más que 20 centímetros de anchura. Estas tiras estrechas están unidas las unas con las otras por medio de costuras para formar en seguida piezas de la dimensión que se quiere. Las armas eran sables ó puñales análogos á los de las amazonas de la guardia. Días antes habíamos querido en vano procurarnos con dinero algunos de ellos. El rey tiene el monopolio de la fabricación y venta de las armas, que distribuye y vende como se le antoja. Nos había enviado también un enorme saco de cauris que nosotros abandonamos generosamente á nuestra escolta, maravillada de tanta prodigalidad.

El 25 por la mañana, salíamos de Abomey en el mismo orden y con la misma comitiva con que habíamos entrado. La mayor parte de los jefes nos acompañaron á algunas millas de la ciudad, pero nuestro huésped el mayó, con el cual estábamos decididamente en relaciones bastante delicadas, tomando por excusa el estado de su salud, permaneció en su casa.

Un placer más que mediano experimentamos al hallarnos algunos días después unos y otros en la cubierta del *Dialmath*, acompañados de los dos jóvenes negros que habían ya empezado á pagar en la piragua el tributo que no pueden negar al mar los navegantes novicios. Los dos pobres muchachos creían llegada su última hora, y no obstante el buen tratamiento de que todos sin distinción les rodeábamos, sentían vivamente haber abandonado su tierra. Se les embarcó en un buque de la casa de Régis con destino á Marsella, y el *Dialmath* prosiguió el curso de sus exploraciones por la costa de África.

## VII.

Religion.—Costumbres.—Gobierno.—Industria.—Comercio.—Bellas artes.

Esta relación parecería sin duda incompleta, si no diese algunos pormenores etnográficos y geográficos más particulares acerca del país de los dahomeyanos.

Para ir de Wydah á Abomey habíamos atravesado dos provincias en otro tiempo independientes bajo los nombres de reinos de Ardra y de Wydah. Después de su reunión bajo la dominación única del rey de Dahomey, aquellas comarcas perdieron en gran parte su carácter original, para tomar las costumbres y hábitos de sus vencedores. Wydah forma sin embargo excepción en este punto, siendo la única ciudad que posee un templo de serpientes, pues si bien hay en Xavi una especie de colegio de sacerdotisas consagradas al mismo culto, allí no existe ningún templo. Después de haber dejado atrás esta ciudad y llegado á Tauli, primera aldea del antiguo reino de Ardra, partiendo

del Sur al Norte, no se encuentran ya vestigios de semejante religión. Por lo demás, los negros de Wydah no hacen más que añadir esta superstición á las de todos los demás pueblos de aquella parte de la costa africana. Debo añadir que cierto número de habitantes de Wydah, mulatos y hasta negros, profesan, ó por mejor decir, reconocen la religión católica. En el tiempo, poco lejano aun de nosotros, en que la trata florecía en aquellas costas, los portugueses que eran sus principales agentes habían construido una capilla en Wydah, donde tenían un sacerdote de su nación. Pero la ruina de aquellos negreros, en otro tiempo tan opulentos ocasionó la de la iglesia católica de Wydah.

En todo el reino de Dahomey la religión tiene por base la creencia en dos principios antagonistas, el del mal y el del bien, creencia de que procede lógicamente la idea de dar gracias á las divinidades bienhechoras, y sobre todo de conjurar la temible cólera de las otras por medio de toda especie de ofrendas y sacrificios. Se encuentra en todas partes alrededor de las ciudades y aldeas, por lo común á la sombra de un grupo de árboles copudos y de follaje sombrío, como los mangóteros, una especie de casa redonda ó cuadrada, limpia, bien conservada, y separada por medio de un seto vivo del resto de las habitaciones: es el templo y con frecuencia también la morada del sacerdote. Los nagos penetran allí libremente y á todas horas para tributar ofrendas de aceite de palma, plátanos, yucas, etc., y hasta si son ricos, aves de corral, un carnero ó un buey. Todo eso forma una parte de las rentas del sacerdote, intermedio obligado entre el creyente y las divinidades.

Los ídolos hacinados en gran número en el ático ó en la misma casa, varían hasta lo infinito: hombres, mujeres, animales fantásticos, etc. Hasta hay algunos que solo consisten en un simple palo ahorquillado á manera de tridente, adornado con cintillas ó listoncitos, de que cuelga un puchero del país lleno de aceite de palma, ó en un colmillo de hipopótamo, una muela de elefante, un cuerno de cabrito, etc. Todo objeto puede convertirse en ídolo, si el sacerdote con sus palabras mágicas le confiere alguna propiedad sobrenatural. Esta es la rama más importante de sus ganancias, porque venden muy caros á los negros los amuletos ó grigris encantados. Tal ó cual pequeño escapulario de cuero labrado y pintado, tal ó cual uña de tigre fija en un pedazo de colmillo de elefante formando brazaletes, tal ó cual cuerno de antilope preservan de la muerte por fusil, sable ó veneno; otros grigris son omnipotentes contra la mordedura de las serpientes; con tales ó cuales otros se puede ir sin miedo á caza de elefantes ó tigres. En Tafoo, en la casa de los ídolos, vimos un gran número

de ex-votos, fragmentos de piernas y de brazos, manos, pies, etc., groseramente esculpidos en madera y suspendidos encima de la divinidad á quien los fieles atribuyen su curación.

Los malos espíritus tienen templos que les están particularmente consagrados, en los cuales está prohibido penetrar bajo pena de muerte. Solo los sacerdotes viven en ellos, y en ellos educan en la soledad á los adeptos que deberán reemplazarles un día. Cuando viajeros de alta categoría pasan por delante de aquellos templos, situados generalmente, como por ejemplo el de Cana, en la margen de los caminos más frecuentados, ó junto á la puerta de las ciudades, deben apearse, según ya hemos manifestado. El sacerdote aparece en el umbral del templo, y mientras su acólito toca una especie de campanilla, él pronuncia entre dientes los conjuros destinados á preservar al viajero de la maligna influencia del dios. No es necesario añadir que para que tengan eficacia las preces de los sacerdotes, el viajero debe hacerles un regalo (en cauris ó en mercancías) que deja fuera del recinto.

El ídolo más invocado y más frecuentemente representado en Dahomey, es sin contradicción el mismo que presidía á los cultos orgánicos de la antigüedad clásica.

Los sacerdotes, que como hemos visto, son también médicos, combaten más las enfermedades con exorcismos, prácticas supersticiosas y supercherías, que con medicamentos. Entre estos, los únicos que emplean son los purgantes drásticos sacados de las familias de las euforbiáceas y convolvuláceas. Hacen también uso frecuente de las ventosas escarificadas, aplicándolas por medio de una calabacita semi-esférica, agujereada en su centro. Después de haberla colocado en el punto correspondiente (es siempre en una pierna), aspiran por el agujero el aire contenido en la calabaza y lo tapan en seguida rápidamente con una bolita de cera.

Sentiría fatigar al lector con pormenores demasiado especiales. Permítame decir solo algunas palabras de una enfermedad casi desconocida en Europa, rara en África, pero muy común en Dahomey: aludo al *filiario* ó *gusano de Guinea*. Es un entozoario (género filario de los helmintos nematoides de Orbnigny) que se desenvuelve en el tejido celular intermuscular ó sub-cutáneo. Indican su presencia una hinchazón algunas veces considerable, una rubicundez del miembro (se encuentra principalmente en las piernas) y una comezón muy viva. Luego se presenta el animal en el tegumento ulcerado y se le puede percibir en el fondo de la llaga. Entonces es menester cogerlo, atraerlo sucesivamente y arrollarlo alrededor de un palito, hasta que la resistencia que se encuentra esponga á romperlo. Si arrollándolo un poco cada día,